

2016

## Nota sobre la teoría del discurso

Étienne Balibar

Follow this and additional works at: <http://scholar.oxy.edu/decalages>

---

### Recommended Citation

Balibar, Étienne (2016) "Nota sobre la teoría del discurso," *Décalages*: Vol. 2: Iss. 1.  
Available at: <http://scholar.oxy.edu/decalages/vol2/iss1/20>

This Archive is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in *Décalages* by an authorized administrator of OxyScholar. For more information, please contact [cda@oxy.edu](mailto:cda@oxy.edu).

ÉTIENNE BALIBAR

*Nota sobre la teoría del discurso*

(noviembre de 1966, concluido en enero de 1967)<sup>1</sup>

Esta nota es una respuesta a las tres notas comunicadas por ALTHUSSER en octubre de 1966. No he hecho constar sino las observaciones o las reacciones suscitadas por la lectura, ante la imposibilidad de desarrollar efectivamente muchos puntos que requieren tiempo de investigación, o simplemente de lectura (en particular sobre lingüística). De la misma manera, registro sobre todo las reacciones críticas: los puntos que me parecen nebulosos o dudosos.

En el fondo hay acuerdo. En primer lugar en lo relativo al método de abordaje del problema y a su delimitación: la idea de teoría general y de teorías particulares (regionales), la idea de que una teoría general [TG] pueda ser ella misma una *combinación* de muchas teorías (en la carta de envío Althusser formula algunas reservas respecto de su propia tentativa de teorización: en mi opinión, estas reservas deben referirse a la identificación de las TG que se combinan aquí, y repercutir en la clasificación de las TR [teorías regionales] que dependen de ellas; me refiero a esto más adelante). De la misma manera, acordamos en la interpretación de la tentativa de Lacan y sobre el uso que se puede hacer de la misma. Por otra parte, algunas alusiones a la diferencia en los usos de la

---

<sup>1</sup> El presente texto es una respuesta al texto inédito de Althusser hoy conocido como “Tres notas sobre la teoría de los discursos”. Este texto ha sido publicado póstumamente como “Trois notes sur la théorie des discours” en *Écrits sur la psychanalyse. Freud et Lacan*, textos reunidos y presentados por Oliver Corpet y François Matheron, Paris, Stock/IMEC, 1993. Hay edición castellana como: *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*, México, Siglo XXI, 2010, trad. de Eliana Cazenave-Tapie. El texto de Althusser fue redactado para su discusión en un “grupo de trabajo teórico” conformado además por Balibar, Pierre Macherey, Alain Badiou, e Yves Dououx. La metodología de trabajo consistía en entregar notas de investigación sobre un objeto teórico determinado, que los otros integrantes se comprometían a comentar *por escrito*. Para más datos sobre las circunstancias en las que fue producido remitimos a los lectores a la nota introductoria de dicho texto de François Matheron, pp. 99-103 de la edición castellana. La traducción castellana de este texto y las notas con las referencias bibliográficas estuvieron a cargo de Pedro Karczmarczyk (UNLP-IdIHCS-CONICET).

lingüística que hacen por un lado Lacan, Lévi-Strauss (y en cualquier caso toda la “semiología”), me parecen muy importantes para nosotros; es en Lacan donde podemos aprender sobre el buen uso de la lingüística, una vez que se perciben las razones que lo llevan a él mismo a desviarse en ocasiones del “hilo conductor” de su teoría (sobre todo en la filosofía de su teoría). Por lo mismo, concordamos en la idea de teoría del discurso y, en lo grueso, sobre las diversas regiones que están subordinadas a la misma: el inconsciente, el discurso ideológico, el discurso científico, el discurso estético. Comprendidos correctamente, estos diversos “discursos” deben ser considerados como *objetos de conocimiento*, y no como objetos reales: de manera que su distinción y su clasificación no se refieren a una separación o a una jerarquía de los objetos, de discursos concretos (por ej. “el discurso del loco” o del “soñante”, junto al discurso “del artista”, del “científico”, incluso el del “ideólogo” (?)) sino más bien el estudio de las distintas combinaciones de efectos que dependen de estas diferentes estructuras a la vez. Creo que, en principio, esta definición del objeto de la investigación está perfectamente clara en Althusser, en particular en su estudio de la relación entre el discurso del inconsciente (¿o discurso inconsciente?) y discurso ideológico, que constituye lo más grueso de su contribución.

De momento, querría plantear mis preguntas:

- 1\*) sobre un problema que no me resulta suficientemente claro en las notas de Althusser: el de la *naturaleza de los elementos* de los diferentes discursos, y en consecuencia, de su modo de disposición [*mode d'agencement*];
- 2\*) sobre algunas consecuencias que extraigo sobre la organización interior de la teoría general del discurso, y en consecuencia las diferentes relaciones diferenciales entre las teorías regionales (del inconsciente, de la ideología, del discurso científico, del discurso estético) y de sus objetos;
- 3\*) sobre el estatus de la lingüística en relación con la teoría del discurso.

-----

En la nota de Althusser hay cierto número de indicaciones a propósito de la naturaleza de los elementos dispuestos [*agencés*] de manera específica por cada discurso. Las reúno así:

1\*) Todos los discursos dependen de una teoría general del Significante (como esta denominación le parece finalmente sospechosa, Althusser dice que querría utilizar en su lugar alguna otra. Diré en un momento porqué, en mi opinión, esta expresión debe ser efectivamente rechazada. Pero podemos ponernos de acuerdo desde ahora diciendo que todos los discursos en cuanto tales producen *efectos de significación*. Lo que se busca es entonces una teoría general de la producción de los efectos de significación y de sus variaciones). Parece en consecuencia legítimo decir que cada discurso organiza *significantes* determinados, de acuerdo a una disposición (una “sintaxis”) propia.

2\*) La lingüística, en su propio campo, ya ha identificado sus propios elementos significantes, de acuerdo a la doble articulación de los fonemas y morfemas (en el sentido más general que se le da a este segundo término, incluyendo en el mismo tanto las unidades lexicales como las unidades sintácticas).

3\*) Es posible y necesario identificar también los elementos significantes de los diferentes “discursos” que estudiamos. En principio, dice Althusser, y contrariamente a lo que ocurre cuando lo que importa es la “sintaxis” o el modo de disposición (es decir, la estructura misma de cada discurso) esta identificación *no ofrece dificultades* (ver n.I p.12, y n.III, p. 2 y 4)<sup>2</sup>

4\*) Se propondrá en consecuencia una primera enumeración, desigualmente precisa. Conforme al esquema directriz de la doble articulación, se podrá

---

<sup>2</sup> Edición francesa, p. 130, 164 y 166; trad. cast. pp. 114, 140 y 142.

enumerar igualmente los elementos de la “primera articulación” (n.III, p. 45),<sup>3</sup> que son también designados como “materia” prima (n.I, p.12):<sup>4</sup>

-para el discurso del inconsciente, estos elementos son los *fantasmas*, su materia es “toda una serie de unidades como fonemas, palabras, imágenes, sonidos, olores”,<sup>5</sup> pero se dice también que esta materia constituye “lo imaginario”.<sup>6</sup>

-para el discurso de la ciencia, son los *conceptos* (materia: las “palabras” [*mots*] aunque los “algoritmos matemáticos” generen problemas).

-para el discurso estético, los elementos son “extremadamente diversos”, su materia son las palabras [*mots*] (ver también el ejemplo de Stendhal), los sonidos, los colores, etc.

-para el discurso ideológico, también son elementos “diversos”, por materia: los gestos, las conductas, los sentimientos, los palabras, y de una “manera general, ¿cualquier otro elemento de las demás prácticas y de los demás discursos?”<sup>7</sup>

En estos dos últimos casos, vale tanto como decir que los elementos son desconocidos. La definición de su materia presenta por otra parte la dificultad de tomar como definiendo términos igualmente mal definidos (lo que es *también* el caso para las “palabras” [*mots*]).

5\*) Esta enumeración juega un rol importante porque permite pensar una primera diferenciación de los discursos; se encuentra un esbozo sistemático, que supera la simple enumeración en el estudio del modo de presencia del “sujeto” en los diferentes discursos (tengo en cuenta la observación final sobre el hecho de que el efecto de subjetividad es propiamente ideológico, pero volveré a ello más adelante); ahora bien, en las formas de discurso donde este modo de presencia es *positiva* (puesto que en la ciencia se trata de una ausencia), uno se ve

---

<sup>3</sup> Edición francesa, p. 168, trad. cast. p. 143.

<sup>4</sup> Edición francesa, p. 133, trad. cast. p. 116-117.

<sup>5</sup> Edición francesa, p. 168, trad. cast. p. 143.

<sup>6</sup> Edición francesa, p. 133, trad. cast. p. 117.

<sup>7</sup> Edición francesa, p. 133, trad. cast. p. 117.

conducido necesariamente a identificar *significantes privilegiados* que designan al sujeto en el discurso, lo que nos remite a una enumeración del tipo de la siguiente:

- en el discurso ideológico, al estar el sujeto presente en persona, esto implica que haya *significantes del sujeto* (en particular el “yo” [je] del discurso, pero sin dudas también de otros);
- en el discurso estético, al estar el sujeto presente por personas interpósitas esto implica igualmente que haya *significantes del sujeto* (en particular las “personas” del discurso literario, pero de otras también, sin dudas);
- en el discurso del inconsciente, al estar el sujeto presente por “lugarteniencia” [*lieu-tenance*], esto implica: 1\*: que hay *significantes privilegiados* (en particular el Falo, los Nombres del Padre), y 2\*: que lo que funciona como *significante del discurso del inconsciente* (en consecuencia los *elementos* que queremos identificar) es, según la fórmula de Lacan, “lo que representa a un sujeto para otro *significante*”.

Con las variaciones a las cuales acabamos de aludir, destaco que esto supone en los tres casos una categoría común de *representación* o de *presentación* del sujeto por *significantes* determinados en el discurso (yo diría, acá también, ¿de “Träger”?).

Se trata, como lo [dice] Althusser, del índice de la diferencia de la estructura de los discursos; pero también del índice de la necesidad, para pensar la estructura, de pensar la naturaleza de sus elementos.

Este es el primer punto sobre el que querría plantear algunas dificultades: la determinación de los “elementos” del discurso y la noción misma de sus elementos no me parecen, de momento, claras.

Me sorprende que se diga que esta determinación no genera ninguna dificultad “en principio”, que se la pueda considerar como prácticamente adquirida en tanto que la enumeración de arriba basta para mostrar que Althusser

encontró allí dificultades reales. Él sólo nos propone, para el discurso ideológico, el discurso estético e incluso para el discurso del inconsciente, enumeraciones imprecisas, sea de los propios significantes, sea de sus “materias primas”. Ahora bien, sería necesario no confundir un *efecto* determinado de estructura, de una importancia capital (la heterogeneidad de la proveniencia de los elementos con los que el discurso del inconsciente, o el discurso ideológico, o el discurso estético *hacen los significantes*), con esta dificultad teórica encontrada por Althusser. Quiero decir que no es el caso que, si bajo el efecto de la estructura del inconsciente por ejemplo, los elementos del discurso son un “colección” [“bric à brac”] imaginaria, su concepto sea entretanto una colección [*bric à brac*] teórica. Para seguir aquí la terminología lingüística, diré que Althusser se tropezó con la dificultad de determinar los *rasgos pertinentes* que hacen de estos elementos, heterogéneos en todos los otros aspectos, los *significantes de un discurso determinado*. Es posible que ellos sean, en efecto (y en el caso de ciertos discursos ellos deben) extraídos de una colección [bric à brac], pero no pueden combinarse en una estructura de discurso más que bajo la relación de sus rasgos pertinentes, que son *homogéneos*. Son los rasgos pertinentes (o los racimos de rasgos pertinentes), quienes, de una manera que podemos suponer específica para cada discurso, son los “elementos significantes”, y en consecuencia son ellos los que debemos enumerar, o acerca de los cuales debemos dar un principio de enumeración. Obviamente, no tengo una contra-enumeración que proponer a continuación, pero lo dicho me parece bastar para afirmar:

1\*) que la determinación de los elementos no es un problema simple (incluso en lingüística: volveré a ello)

2\*) que esta determinación no constituye, como lo sugiere Althusser en muchos pasajes, un momento de la teoría anterior al conocimiento de las limitantes [*contraintes*] o de las categorías que conciernen a la disposición de los elementos.

Este esquema: en primer lugar los elementos, a continuación las leyes de su disposición, es mecanicista. Ahora bien, la determinación de los elementos y la naturaleza de las limitantes y de las categorías son uno y el mismo problema.

Por otra parte, estoy sorprendido por esto: entre los diferentes problemas regionales e “interregionales” que se derivan de la pluralidad de los discursos y que dependen de una TG, Althusser desarrolla sobre todo el de la articulación del discurso inconsciente con el discurso ideológico (añado que, hasta donde puedo juzgar, la articulación que ensaya me parece *justa*, lo mismo que las consecuencias que extrae de la clasificación de los discursos). Ahora bien, los elementos del discurso inconsciente y del discurso ideológico están igualmente mal determinados. *Inversamente*, y si dejamos de lado el caso paradigmático de los significantes lingüísticos, fonemas - morfemas, el único discurso cuyos elementos están aparentemente delimitados sin dificultad es el *discurso científico*: sus elementos tienen como materia a las *palabras* [*mots*] (más adelante se dice, más precisamente en apariencia, y para unificar la lengua, los morfemas), que son ellas mismas los *conceptos*. Sin embargo, aunque sea el único a propósito del cual se ha resuelto el problema preliminar de los “elementos”, el discurso científico sólo es definido, en el cuadro parcial (lo sé bien) de esta obra, de una manera negativa (el sujeto presente bajo el modo de la “ausencia”: en mi opinión esto sólo tiene un sentido preciso si uno puede especificar este modo: diré más adelante bajo qué condición esto me parece posible): también es el único caso en el que la articulación con los otros no fue esbozada (contrariamente al discurso estético, que se articula con el inconsciente sólo por intermedio del ideológico). Aquí hay más de un desequilibrio: una distorsión de la que uno puede registrar los efectos. ¿Por qué no se puede extraer ninguna consecuencia inmediata de este mayor conocimiento de la naturaleza del discurso científico? Y por otra parte, ¿cómo se



puede estudiar efectivamente el discurso ideológico y sus articulaciones con otros dejando de lado la naturaleza de sus elementos (propios)?

¿No se condena uno de esta manera a adoptar un punto de vista funcional, acaso funcionalista, más que estructural? y precisamente parece que Althusser fue sensible a esto, porque se defiende de ello en varias observaciones.

En fin, por relación siempre a este problema de determinar los elementos, la lengua, objeto de la lingüística, se encuentra obligada a cumplir un papel extremadamente ambiguo. Se trata de un punto que me parece que debe ser resuelto con total claridad. A veces *la lengua no es ella misma un discurso* (por ej. la enumeración de la n. I, p. 9-10: “*todo discurso produce un efecto de subjetividad.*”<sup>8</sup>); a veces la lengua puede ser colocada en el mismo plano que un discurso (por ej. enumeración de la n.I p.12: cada discurso tiene su propia doble articulación). Esta ambigüedad repercute en la clasificación y en la propia concepción de las TR y de TG; a veces la lingüística es una TR que depende de la TG del Significante; a veces la lingüística es ella misma una *parte* de la TG du Significante (n.II p. 3: ella nos provee hoy en día “la forma más aproximada”<sup>9</sup>). Parece en consecuencia que uno debe cuidarse constantemente de una doble dificultad: identificar (como lo hace tal vez Lacan) la TG de la que dependen todos los discursos con la lingüística, o inversamente poner a la lingüística en el mismo plano que los otros discursos, los verdaderos objetos de nuestra investigación, y en consecuencia, de una manera más o menos directa, pensar los discursos bajo el modelo de la lengua, puesto que ellos y ella serían las posibilidades simultáneas de una variación de las TR inscriptas de manera semejante en la TG. Pero precisamente, ¿no hay una tercera vía, que consista en hacer de la lingüística una parte obligada de toda teoría general del discurso, en decir que la TG *combina* necesariamente

---

<sup>8</sup> Edición original, p. 131, trad. cast. p. 115.

<sup>9</sup> Edición original, p. 157, trad. cast. p. 136.

muchos elementos *entre ellos* la lingüística (o una parte de la lingüística), sin que sin embargo la lengua esté subordinada a ella en el sentido en el que lo están los diferentes discursos? Volveré a esto más adelante.

Correctamente entendido, el problema que encontramos acá es el mismo que el del psicoanálisis; descubrir aquello que, en la lingüística *existente*, depende de una TR, y lo que es una anticipación de una TG. Pero creo que, en el fondo, esta dificultad que afecta a la definición de la teoría del “significante” no puede resolverse sin examinar de cerca las razones que llevaron a poner en paralelo a la lengua con los discursos para fundar la idea de su articulación.

Creo que podemos utilizar como un hilo conductor negativo la teoría de los “sistemas simbólicos” o de la semiología que se constituye en este momento en torno a un cierto número de puntos comunes de Lévi-Strauss a Barthes y otros. No sólo es una ideología que se propone explícitamente una teoría del “discurso” o una “teoría general del significante”, sino que ella incluye necesariamente una lectura ideológica de la lingüística (ver por ejemplo, lo que a mi entender es un buen ejemplo en la medida en que la apuesta es importante, un artículo reciente de Todorov en *Critique* a propósito de Benveniste). Esta confrontación debe en efecto permitirnos pensar claramente lo que distingue una utilización y una importación crítica de la lingüística en otro campo (el del inconsciente o de la teoría de la literatura o de la teoría de la ciencia) de una utilización acrítica, necesariamente ideológica; pero también en nuestra propia lectura de la lingüística debemos tomar como principio que todo lo que parece autorizar el proyecto de una semiología es sospechoso.

Ahora bien, el centro del problema parece ser la idea de que la lingüística provee un *modelo* de análisis para otros “sistemas significantes” que tienen, o mejor, tendrían en común con la lengua un cierto número de rasgos fundamentales: ser sistemas sociales, que sirven a una “comunicación”,

acarreado en consecuencia una estructura código-mensaje, organizándose en significantes discretos, y signos que implican la doble cara del significante y del significado, de implicar los dos tipos de relación estructural de los significantes, paradigmática (metafórica) y sintagmática (metonímica), etc. A esto hay que agregarle muy frecuentemente (ver la teoría del mito de L.S. y la teoría de la literatura de Barthes) que las *unidades* de los discursos como el mito, la ideología, la literatura y otros objetos “culturales”, delimitados *formalmente* de la misma manera que las unidades lingüísticas (en unidades de oposiciones distintivas, descubiertas por el procedimiento de conmutación-segmentación del discurso) serían al mismo tiempo unidades *más complejas*, o de “nivel superior”, constituidas ellas mismas por la disposición de unidades lingüísticas (de ahí los “mitemas”, etc.).

Por razones que no creo necesario desarrollar extensamente aquí, toda tentativa, incluso *parcial*, de utilizar la lingüística como un *modelo*, y en consecuencia de formar el concepto general de “sistema significante” o de “sistema simbólico” o de “sistema semiológico” y *de pensar la lingüística misma con la ayuda del concepto que autoriza la noción de tales sistemas*, debe ser rechazada y perseguida. Va de suyo por otra parte, en lo que respecta a la propia lingüística, que esto nos coloca a menudo ante una difícil y necesaria empresa de relectura y de rectificación, puesto que, con los mejores lingüistas, Saussure y la tradición saussureana (a la cual pertenecen, desde este punto de vista, tanto Benveniste como Hjelmslev y Jakobson) numerosos problemas importantes han sido discutidos, criticados, y finalmente progresan hacia tales conceptos (así Jakobson se apoya en Peirce y su “semiótica general” para retomar y llevar adelante la revisión de las concepciones saussureanas sobre lo arbitrario del signo, la linealidad del significante, etc., que, en cuanto tales, son sin embargo un buen instrumento de crítica de las concepciones funcionalistas y conductistas, etc.).

Ahora bien, hay a grosso modo *dos clases* de “sistemas simbólicos”.

A) *Unos* pueden denominarse infra-lingüísticos. Entre ellos:

a) unos son secundarios y derivados, a los que sólo una vieja tradición de filosofía genética, empirista, ha podido erigir como modelos, análogos, u orígenes del lenguaje: el “sistema de los gestos”; etc. Ellos son accesorios y no funcionan más que como sustitutos parciales, *sobre la base* de la lengua (Jakobson lo repite, E.L.G., p. 27-28).

b) los otros son importantes, y ellos parecen, a su vez, tener que ser distinguidos: -o bien su estudio científico muestra mejor cada día que ellos *no son* lenguajes, es decir, de hecho, para ser precisos, *lenguas*: se trata de los sistemas de comunicación animal (ver una buena puesta a punto en Benveniste, P.L.G., p. 56 ss.).<sup>10</sup> Aquí particularmente la noción de “doble articulación” sirve de criterio determinante. Pero de una manera totalmente práctica. Otros criterios también corresponderían.

-o bien su estudio científico debería, creo, mostrar en que ellos no son lenguas: se trata de las “lenguas artificiales”, lógico-mecánica, de las que se ocupan los lógicos, los cibernéticos y los teóricos de la información. Ahora bien, estas “lenguas artificiales” son importantes no sólo por su aplicación técnica en la programación, en la traducción automática etc., sino también por su utilización teórica en lingüística, en la teoría de las estructuras sintácticas o de las “gramáticas generativas” que tienden (a partir de lo poco que sé) a expresar la estructura de la lengua bajo la forma de *limitantes* que conciernen a la combinación de los elementos (“significantes”) en enunciados. (Se puede también mencionar la rectificación por Jakobson de los conceptos saussureanos lengua-habla, etc. a

---

<sup>10</sup> Balibar remite a “Comunicación animal y lenguaje humano” en *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 2010, trad. de Juan Almela.

partir de la terminología de la teoría de la comunicación (código-mensaje); de la que él ha sacado consecuencias muy importantes). Sugiero, con precaución, que las “lenguas artificiales” no son *lenguas* porque ellas *suponen* (establecimiento de “gramáticas”, “programación”, etc.) a la lengua, es decir, porque ellas no pueden *servirse de sí mismas como metalenguaje*. Esta última propiedad, constantemente recordada por Jakobson, y de la que Lacan se vale para ridiculizar a Russel y a los neo-positivistas, es fundamental para la definición general del objeto “lengua”, tanto como la doble articulación, y se explica por la estructura de la lengua, a condición de no reducir a esta al “código” (ver Jakobson, “les Embrayeurs”, y el artículo sobre la poética, en E.L.G.<sup>11</sup>).

B) *Los otros* pueden denominarse “supra-lingüísticos”. Y ellos son de dos clases, aparentemente.

a) O bien son *formaciones del discurso*, tales como la literatura, el mito, (y los discursos religiosos, la ideología filosófica, etc. Mientras ellas establecen una relación directa con las leyes lingüísticas de delimitación y de combinación del significante, necesaria y en principio bien delimitada (las unidades que ellas combinan *son* lingüísticas; es precisamente *por ello que ellas no pueden en absoluto ser pensadas según el modelo de la lengua*. Los lingüistas sobre los que podemos apoyarnos largamente aquí han reflexionado sobre esta situación de una manera exclusiva: el análisis de estas formaciones se comienza donde *cesa* el campo del análisis lingüístico (Benveniste, los niveles del análisis lingüístico, P.L.G. p. 119-131), donde se abre “libertad” del locutor, de constituir combinaciones *no codificadas* (lingüísticamente) (Jakobson, E.L.G.; p. 45-47 y *passim*).

b) O bien son, a primera vista, *discursos por analogía* (artes plásticas, música). De hecho, estos sólo tienen relación con las leyes lingüísticas *por medio* de su relación

---

<sup>11</sup> Balibar se refiere a “Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso” y a “Lingüística y poética” ambos en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985, trad. esp. de Josep M. Pujol y Jem Cabanes.

con las formaciones del discurso que pueden ser desigualmente restringidas, y de naturaleza muy diferente. Los problemas que se plantean aquí, por ejemplo sobre la relación *arte* (pictórico, musical, etc.) – *literatura*, o aún *arte-ideología*, *arte-mito*, etc., requieren la elaboración de una teoría del modo de producción estética (producción literaria, producción pictórica, etc.) al mismo tiempo que de una teoría de la producción ideológica, por ejemplo.

Finalmente se puede mencionar, entre los “sistemas simbólicos” a aquellos que *simplemente no existen* bajo la forma en la que se los designa (y falta mucho en este sentido); por ejemplo el “sistema de intercambios” del que habla Lévi-Strauss, que sirve a la comunicación social haciendo circular los bienes y los servicios como el parentesco hace circular las mujeres y la lengua las “palabras” (!) (es necesario notar aquí, a propósito del parentesco, que en muchas páginas de la *Antropología estructural* L.S. encuentra la realidad de que hay *términos* de parentesco, y en consecuencia un *discurso* del parentesco (evidentemente ideológico), realidad que debería disuadirlo de concebir al “parentesco” como una estructura de comunicación sobre el modelo de la lengua, es decir, de hacer hablar a los hombres del grupo por intermedio de sus mujeres, puesto que todo el mundo habla ya sobre las mujeres y el parentesco con la ayuda de los términos de parentesco). Estos sistemas que no existen son, sin embargo, excelentes indicadores de la ideología. Y en particular muestra que para concebir los discursos sobre el modelo de la lengua (con mayor o menos precisión), se precisa concebir a la lengua como un discurso. La imitación es reversible. Hay en consecuencia una configuración (ideológica) común. Y a esta configuración pertenece, de manera central, el concepto de *signo*. Lengua, discurso: sistemas de signos.

Se ve que, la operación ingenua de importación del “modelo” lingüístico (que constituye el lema de toda “antropología estructural” como así también de

toda “semiología general”), operación de mimetismo teórico, no resulta admisible en ningún caso. Ella debe en cada caso ser reemplazada por el estudio de las *relaciones de dependencia reales* que existen entre la lengua y otras formaciones materiales, en particular para el estudio de la eficacia del significante lingüístico (así es como procede, en principio, Lacan). Pero esto supone que no existe una teoría general del significante, como amplificación o generalización de la lingüística, e inversamente que la estructura de la lengua, una vez que ha sido correctamente determinada, queda como *única en su género*. Uno podría incluso partir de esta observación ciega de Barthes: contrariamente a lo que habían pensado Saussure (y Peirce, a quien se remite Jakobson), no es la lingüística una rama de la semiología, es la semiología entera la que está bajo la dependencia del sistema lingüístico (prefacio del n° 1 4 de *Communications*). En consecuencia, no hay semiología.

Ahora bien, un punto esencial de la ideología semiológica está vinculado a la noción de significante y al problema del fraccionamiento [*décompagne*] de las unidades significantes. La lingüística posee en efecto un procedimiento relativamente unificado (al menos, lo vamos a ver, en el dominio de la fonología; pero la fonología sirve de modelo de rigor al resto de la lingüística) de determinación de los elementos significantes, que permite al mismo tiempo la constitución de las clases (o categorías): la segmentación del enunciado y la conmutación de los elementos. Me parece posible afirmar que toda tentativa análoga, efectuada ya no sobre la lengua sino sobre las formaciones del discurso, 1\*) determina retroactivamente una interpretación ideológica de la lingüística en la que, la noción de significante tiende reunir a la de “signo” (heredada de la filosofía clásica) como ocurre en muchos pasajes de Saussure y todavía más con Martinet, y lengua en la de “sistema de signos”; y 2\*) compromete a la teoría del discurso, volens nolens, en las aguas de la semiología. Es por ello que tengo, a

priori, muchas reservas frente a la afirmación de que “todo discurso es una doble articulación”, que cada discurso constituye sus propios elementos significantes a partir de unidades mínimas que son su “materia”, que los significantes de la ciencia son los conceptos constituidos a partir de las *palabras*, etc. Por otra parte me parece que en Lacan hay un uso doble que es revelador: él habla a veces de *los significantes* del inconsciente, una formulación que tiene la ventaja de indicar la especificidad de inconsciente como discurso, que no se *reduce* a la lengua; mientras que a veces él habla del *Significante*, designando de esta manera indiscutiblemente la estructura lingüística, formulación que tiene la ventaja recordar que la lengua es única en su género, que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (es decir, de hecho, como un *discurso*) porque y sólo porque la estructura lingüística es *eficaz* allí, pero que induce también ciertas formulaciones que a mi entender son dudosas, y que me parece que se pueden vincular con lo que dice Althusser. De ahí la tentación de Lacan de hacer de la lingüística (o incluso de la “lógica” o de la “topología”) *la* T.G. de la que depende la teoría del inconsciente, ignorando simultáneamente el problema de la ideología (“el gran Otro” y el “lugar del Código” lingüístico). Es por esto que quiero en primer lugar proponer algunas observaciones sobre el problema *lingüístico* de la determinación de los elementos.

---

## I/ Los significantes de la lengua

Puesto que no es necesario reproducir o resumir aquí extractos de obras lingüísticas, sólo quiero poner a consideración algunas proposiciones:



I\*) el análisis lingüístico es un procedimiento doble de *delimitación* de unidades y de *clasificación* de estas unidades en categorías que difieren en su naturaleza según los diferentes niveles. Po resta razón la exposición de la estructura, sea fonológica, sea sintáctica, etc. de la lengua toma generalmente la forma de una tabla. Antes que cualquier conclusión más particular, debemos encontrar en el procedimiento de análisis (ver Benveniste, *Les Niveaux de l'analyse* I., P.L.G. p. ... ss: Jakobson, E.L.G., ch. VIII: las exposiciones más teóricas) la indicación del *tipo de formalismo* que la teoría del discurso requiere: es decir la elucidación de lo que hemos llamado “efectos de significación”; el análisis de la lengua es posible por medio de la distinción significante-significado, pero no hay un análisis “ciego” del significante (el ideal de los conductistas; estudiar una lengua que no se comprende...), ni análisis del significado<sup>12</sup>. El análisis concierne a las combinaciones del significante que producen el significado = los efectos de significación. Hay en consecuencia tantos tipos de efectos de significación (de significados) como los hay de sistemas relativamente autónomos de combinación del significante.

La delimitación y la clasificación de las unidades requieren señalamientos importantes. Ellas se fundan sobre dos características complementarias del significante, *en una primera aproximación*: su naturaleza *discreta* y su *linealidad*. De allí se recorta el doble eje de análisis que uno podría creer que está siempre simultáneamente presente, incluso si ellos se subordinan alternativamente uno al otro: el eje paradigmático (metafórico) y el eje sintagmático (metonímico), es decir, de un lado las estructuras de *oposición* (distintiva o significativa) y por el otro las estructuras *de orden o de disposición*. ¿Por qué es importante este punto (discreción/linealidad)? Porque es simultáneamente indispensable para el análisis (segmentación - conmutación) de las unidades lingüísticas, e *insuficiente e incluso*

---

<sup>12</sup> “La asimetría” de la relación Sdo-Ste (Jakobson, Hjelmslev) [Nota al pie en el original de Balibar]

*insatisfactorio para definir la estructura de la lengua*, pero por otra parte en el fundamento de la importación que hace Lacan de la lingüística (cf. “L’Instance de la lettre...”, in La Psa, III, con referencia a Saussure<sup>13</sup>). Los dos primeros puntos son aparte el lugar de una dificultad, pero yo creo que son de una importancia capital para nosotros, sería absolutamente necesario poner las cosas en claro. De momento extraigo de Benveniste + Jakobson (passim en los ELG y también el artículo de *Diogène* N°51<sup>14</sup> + Saumjan (mismo N° de Diog.)<sup>15</sup> + naturalmente Saussure los siguientes:

-la linealidad del significante es llamada a contribuir cada vez que es necesario delimitar y clasificar

-entendido como una propiedad de la “naturaleza” del significante lingüístico, y al mismo nivel que “lo arbitrario del signo”, la linealidad forma parte de los “dogmas saussureanos”, y puede ponerse en relación (lo sugiero) con una representación del objeto teórico de la lingüística en tanto que *lengua (el código)*, imagen “abstracta” del objeto *concreto* que sería el habla, identificada poco a poco con el enunciado y con el sintagma.

-este doble movimiento incita por ej. a Saumjan a introducir en la lengua la distinción, importada de la genética, de un “genotipo” y de un “fenotipo”

= la distinción esencia – fenómeno, o profundidad – superficie. La linealidad es de “superficie”, sugiero tener en consideración esta distinción al definir la linealidad del significante como un *efecto de estructura*. Uno podría decir, no que el significante es lineal, sino que sus combinaciones son linealizantes.

A partir de esta sugerencia, me propongo volver más adelante sobre el uso de Lacan.

<sup>13</sup> Ver Lacan, Jacques “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, trad. cast. de Tomás Segovia.

<sup>14</sup> Roman Jakobson “À la recherche de l’essence du langage” *Diogène* 51 (Jul.-Sept. 1965).

<sup>15</sup> S. Konstantinovic Saumjan “La cybernétique et la langue” *Diogène* 51 (Jul.-Sept. 1965).

2\*) lo propio del análisis lingüístico es recortar [*découper*] *niveles* sucesivos, cada uno con sus propios elementos y sus propias categorías. De aquí ha partido Althusser para: 1\* definir la lengua según la doble articulación de los fonemas y de los morfemas, y 2\* postular que todo discurso implica *semejante* doble articulación. Ahora bien, me parece que aquí también es necesario introducir, no una refutación de esta idea, sino correcciones que tienen su importancia. Todas ellas tienden a eludir por todos los medios un juego de construcción (en dos etapas): los elementos mínimos (fonemas) están dados en *primer lugar* (un muestreo propio de cada lengua) luego ellos son *combinados* de acuerdo a un primer juego de constricciones en elementos propiamente significantes (morfemas), a su turno combinables de acuerdo a un nuevo juego de limitantes (sintácticas). No digo que Althusser se haga de la lengua una representación tan mecánica, pero me temo que él deja esta puerta abierta, en particular cuando habla de los fonemas como la “materia” de los morfemas; las “limitantes” aparecen entonces como los planos de un arquitecto obligado a tener en cuenta la resistencia de los materiales.

También es necesario decir que lingüistas como Martinet tienden con mucha facilidad a esta representación, en la que se puede volver a encontrar, modernizada, la vieja y preguntante representación de la *lengua como combinatoria de signos*. Aquí no puedo todavía hacer más que alusiones. Apoyo mis reservas sobre los siguientes hechos:

-de hecho en el análisis, no hay *dos* niveles, allí hay necesariamente más. El fonema no es lo más elemental: es el “rasgo distintivo”, punto absolutamente fundamental para distinguir la fonología de la fonética, lo que basta para mostrar que el fonema no es una “materia”. Por otra parte, el nivel “morfológico” no es único, pero voy a volver a esto. Sobre todo aquí, ver Benveniste.

-en segundo lugar, el análisis fonológico sólo posee una autonomía muy relativa respecto al estudio de los niveles superiores. Esto hace que el procedimiento de conmutación no sea aplicable independientemente de las categorías morfológicas y de la gramática. El tipo de dependencia, por otra parte, varía de acuerdo a las lenguas. Se puede sostener que la verdadera región autónoma es *la morfo(fo)nología* (ver Jakobson, cap. VIII, y una nota al final de Troubetzkoy). Lo que significa, de una manera particularmente interesante, que no hay solapamiento de la fragmentación en el objeto y en el proceso de conocimiento.

-en tercer lugar *el «segundo nivel», el del morfema, no está bien definido*. Este es al parecer el punto más importante y al mismo tiempo el lugar de un cierto número de dificultades propiamente lingüísticas. Este segundo nivel es un lío, en el cual es necesario clasificar todos los problemas vinculados a la naturaleza del morfema y a lo que lo aproxima – aleja de la noción tradicional de “palabra” [mot]. La palabra, es el *signo* de la combinatoria clásica, dotada de una función simultáneamente psicológica–lógica–lingüística, o mejor, de la función de identificar las regiones. Ahora bien, parece a la vez que uno querría eliminarla y que no se pudiera prescindir de ella. Es necesario a continuación ubicar aquí a un cierto número de problemas relativos a la gramática, y en particular un problema que me parece bastante interesante, surgido en la lingüística comparativa: hay significaciones idénticas (es decir, *traducibles* cf. Jakobson (Peirce) : “el *sentido* de un término (enunciado) es *otro término* (enunciado) que puede traducirlo” que, ya sea en el seno de una misma lengua, sea entre muchas lenguas, pueden “expresarse” o bien *morfológicamente* (en el sentido tradicional), o bien *sintácticamente* (en el sentido tradicional) (por ej. por flexión o por el orden de las palabras) e incluso *lexicilmente* (por flexión o por el uso de preposiciones, conjunciones, etc.). Es esta equivalencia la que fundamenta la necesidad de una “gramática” o de una “sintaxis” generalizada, donde estos diferentes aspectos,

tradicionalmente diferentes, de la lengua, son considerados como efectos de un mismo tipo de estructura.

*Conclusión muy importante:* “un” significante no es necesariamente *una unidad de segmentación* (finalmente más o menos cercana la “palabra” [mol], a la “parte de la palabra” o al “grupo-de-palabras”), lo que puede ser por ejemplo un *orden*, definido por categorías determinadas de “palabras” y definiéndolas. *Y en consecuencia no hay ninguna* diferencia entre la delimitación de las “unidades significantes” y la definición de las “Limitantes” lingüísticas.

Finalmente me pregunto si no es necesario integrar también en el problema del segundo nivel un cierto número de problemas denominados “semánticos”. En mi opinión *muy provisoria e insuficientemente informada*, podemos sostener que *no existe* la “Semántica” (o teoría del Significado) en general. Una vez eliminado el sentido neo-positivista del termino (relación del lenguaje y las cosas), sólo queda 1º un cierto número de problemas relacionados con la literatura, con el discurso científico, con la ideología y con los puntos de encuentros de los diferentes discursos, en consecuencia competencia de la *teoría del discurso*, y 2º un cierto número de cuestiones heredadas del estudio de las significaciones *lexicales* (y de sus variaciones históricas). Es propio precisamente de una concepción ideológica clásica reservar la “significación” al léxico. Todo indica, al contrario, que la “sintaxis” también estudia las significaciones. No hay en consecuencia lugar para separarlas, es una misma condición indispensable para no concebir de una manera idealista la relación significante-significado, es decir, para rechazar absolutamente la idea de que ellos constituyan, desde el punto de vista lingüístico, *dos regiones de análisis*. No hay otro análisis del significado que el del significante.

-última observación: la distinción de dos “niveles de articulación” de la lengua remite generalmente a los de las unidades significativas y las unidades

simplemente distintivas (aun cuando no se admita, de acuerdo a Jakobson y Troubetzkoy, la reducción de todas las distinciones a oposiciones binarias. Planteo la pregunta: esta distinción, entendida como un corte [*compure*], una verdadera diferencia de naturaleza, ¿está bien establecida? ¿no puede uno decir que, en *el campo lingüístico*, todo efecto de significación es distintivo?

Todo esto tiende a mostrar que la cuestión de la doble articulación, no es una piedra angular sobre la que se podría construir el esquema de todo discurso, sino, al contrario, el lugar de problemas en el seno de la propia lingüística; la naturaleza de las “unidades” lingüísticas no es una cuestión cerrada. Es una cuestión abierta en relación directa con la naturaleza de los problemas que pertenecen al dominio de la lingüística propiamente dicha. Creo que Milner había murmurado una vez, en el seminario sobre Lacan de hace tres años, que “la lingüística está a la búsqueda de sus unidades”.

Por otra parte, un punto que me parece igualmente importante, los procedimientos de análisis lingüísticos (de los que no cabría pretender por lo tanto que sean difusos y sólo programáticos) parecen estrictamente *relativos* al objeto (de conocimiento) que ellos constituyen. Remito una vez más al artículo de Benveniste sobre *los niveles del análisis...*, donde demuestra que la fragmentación de las unidades por conmutación segmentación se ejerce únicamente entre dos *limites* que, como tales, señalan el lugar de un *pasaje* problemático a otro tipo de análisis: un límite inferior, que es el rasgo distintivo; un límite superior que es la frase. Así como el rasgo distintivo es una unidad que no es ella misma un enunciado (¡no es lineal!) así la frase es un enunciado que no es una unidad, etc. Benveniste extrae una consecuencia que me parece de una importancia capital para nosotros: es que *no hay “frasesmas”* oponibles entre sí. Esto quiere decir que no se puede intentar proseguir el tipo de análisis y de fragmentación que practica la lingüística sobre las “unidades” que serían *formalmente análogas siendo sin embargo*

“*más complejas*”, es decir, teniendo por elementos constituyentes de nivel inferior *unidades lingüísticas*. Esto quiere decir que la lingüística se agota en su propio campo, o mejor, en una parte de su campo, (que, a pesar de no ser definitivamente conocido (cf. más abajo), no está sin embargo menos adecuadamente delimitado como lugar de procedimientos de conmutación - segmentación (distribución - integración, dice también B.) entre el rasgo distintivo [le trait distinctif] y la frase, agota en este campo todas las posibilidades de aplicar rigurosamente este procedimiento de análisis. Ahora bien, nosotros conocemos ejemplos de “*frasemas*”, o más bien tentativas de descubrirlos: son los “*mitemas*” de Levi-Strauss, los “*vestemas*” de Barthes, etc. Creo que Benveniste nos da aquí los recursos para barrer con todas estas tentativas desde el comienzo. Es preciso extraer todas las consecuencias.

Para seguir con Benveniste, este es el lugar de plantear otro problema la lingüística. Puesto que hay *límite*, hay pasaje a otro método y al mismo tiempo a otro objeto: Benveniste propone llamar a este objeto ya no *lengua* sino *discurso*. ¿Es lo mismo que lo que nosotros intentamos pensar bajo este término? Yo creo que *no*, aunque Benveniste verdaderamente plantea problemas que son pertinentes en el campo de la teoría del discurso o de tal discurso particular (por ejemplo el problema de la “*subjetividad en el lenguaje*”: serie de análisis extremadamente interesantes para confrontar 1º, con todo lo que Jakobson extrajo del análisis formal del *proceso de comunicación*, según sus diferentes funciones (emisor, receptor, código, mensaje, contexto; doble proceso del discurso: proceso del enunciado y proceso de la enunciación) -2º, con Lacan (quien usa los conceptos de Jakobson). Pero por otra parte, ¿hay aquí un objeto *propriadamente lingüístico* que no es idéntico a la lengua en el sentido *restringido* del “*código*” del que venimos de hablar? Yo creo que *sí*; ¿cuál es entonces su articulación exacta con el simple análisis del código? Preguntas que me parece que es tanto más

urgente desentrañar en tanto que aquí figuran sin duda algunas de las principales *categorías que se empalman* sobre la lingüística y sobre la teoría de los diferentes discursos (retomo los términos de Althusser).

## II/ El discurso científico

Quisiera ahora volver a un discurso particular, el de la ciencia, del qué Althusser nos dice que sus elementos son los *conceptos*, formados a partir de la materia de las palabras [*mots*], y dispuestos de acuerdo a limitaciones “sintácticas” propias. Nuevamente, que no se crea que juzgo las intenciones, en tanto que no era el objeto principal de Althusser. Pero el ejemplo me parece bueno para intentar enunciar algunos trazos de la demarcación entre *lengua* y *discurso*. Porque esta oposición es efectivamente pertinente (de acuerdo con las últimas observaciones de Althusser, note III, p. 7: “no hay palabra [*parole*] más que en un discurso”<sup>16</sup> –pero no del todo con el retorno del *lenguaje*, ya desde II, p. 3<sup>17</sup>) es preciso, creo, pensar claramente y establecer cierto número de puestos fronterizos.

Decir que la ciencia es una disposición [*agencement*] de conceptos constituidos por palabras [*mots*] (¿según qué clase de combinación?, sugiere, en términos estrictos, que la estructura del discurso científico es una disposición o un modo de disposición de palabras [*mots*]). Uno lo llamará una lógica o una sintaxis. De cualquier manera, esto define a la ciencia como una “lengua bien formada”. Y esto intenta hacer de la ciencia un “tajo” [“*tage*”] suplementario en una construcción cuyos pisos inferiores serían lingüísticos. Los pisos inferiores serían palabras o modos de disposición de las palabras. El discurso científico

<sup>16</sup> Edición original 169, trad cast. p. 145.

<sup>17</sup> Edición original 157, trad cast. p. 136.



impone (-ndría a las disposiciones de palabras limitantes suplementarias, y constituiría así las unidades más complejas. O, como lo sugieren los propios lingüistas, se podría decir esto: la construcción de los enunciados se define, lingüísticamente hablando, por un cierto número de limitantes que se inscriben en el código: soportadas sucesivamente por la naturaleza de los elementos (fonemas), por la composición de las sílabas, de las palabras, por la sintaxis de la frase. Más allá, en la combinación y en la variación de las frases (que es el enunciado lingüístico “completo” más pequeño), se abre la *libertad* del locutor. Pero se trata de un locutor abstracto, y no de un locutor que tome la palabra [*parole*] en las estructuras de un discurso determinado, como de hecho está siempre constreñido a hacerlo. Es por esta razón que sería preciso estudiar ahora nuevas limitantes, que vendrían a sumarse a las limitantes lingüísticas, y en consecuencia a *reducir* el número y la forma de los enunciados posibles, lo mismo que antes las limitantes lingüísticas sucesivas habían podido aparecer como sucesivas reducciones entre las combinaciones inicialmente posibles, consideradas abstractamente. La “libertad” lingüística sería así de hecho la limitante propia del discurso.

Creo que por esta vía se va por un camino equivocado. Se vuelven a encontrar en primer lugar todos los inconvenientes propios de la concepción empirista y neopositivista de la “lengua bien formada” y de la “sintaxis (lógica) de la lengua científica”. Y en segundo lugar nos topamos con la imposibilidad de dar una *definición única* del discurso científico, debido a la variedad que introduce por una parte la historia de lo teórico científico, y por la otra, la especialización del discurso científico. Es necesario que la definición pueda abarcar tanto a la matemática griega como a la de la actualidad, e incluir tanto a la matemática como al materialismo histórico. Esto no quiere decir que ella deba *comprenderlos* como

casos particulares, sino que a partir de ella se debe poder pensar su diferencia y su historia.

Esto equivale a decir que lo que se trata de definir como “discurso científico” es algo que ni de cerca ni de lejos se parece a una lengua de la ciencia sino más bien al *modo de producción del discurso científico* en la estructura más abstracta que domina sus variaciones. De donde surgen dos preguntas: ¿Hay alguna diferencia entre este modo de producción del discurso y lo que se ha denominado la *práctica* científica? Althusser alude a ella en la anteúltima página de su nota. Yo respondo por mi cuenta y riesgo: *no*, no puede haberla. En efecto, si hay una diferencia es que el discurso científico es el *producto* de esta práctica, su producto transformado. ¿Y es que uno puede analizar de manera autónoma el modo de producción (el proceso de producción) y la estructura del producto? Esto me parece inaceptable.

2/ Pero, inversamente, ¿es que la estructura del modo de producción debe poder ser buscada en otro lado que en el *discurso* científico mismo (una psicología, una sociología, o aun un psicoanálisis entendido como investigación de la “posición subjetiva” del “sujeto de la ciencia” —excelentes críticas de Althusser?) *Tampoco*, y lo que es necesario, en consecuencia, es intentar formular el tipo de cuestiones que hay que plantearle al propio discurso científico. Yo diría, por analogía con las palabras de Marx acerca de la estructura del modo de producción, que el discurso científico como texto es “el exponente”, (*Anzeiger*) de la estructura de su modo de producción (lo que cambia de modo de producción al otro, dice Marx, no es lo que uno fabrica, sino la manera de fabricarlo: poner en relación con el rol dominante de los instrumentos de producción en la estructura del

modo de producción. Lo que sugiere aquí es la analogía de los instrumentos de producción y del discurso como texto).<sup>18</sup>

Si esta declaración tiene sentido, obliga a tomar estrictamente y a utilizar la distinción entre lengua y discurso. Y al mismo tiempo podemos sin riesgo de caer en la tradición empirista – logicista, definir el efecto de conocimiento científico como el producto de un tipo determinado de discurso.

¿Se puede decir entonces que los “elementos” del discurso científico sean los conceptos? En mi opinión no, o no en todo caso con esta formulación ambigua. Porque los *conceptos*, una vez rechazada la problemática lógico-psicológica de Aristóteles (?) –Descartes – Locke – Husserl, ya no aparecen como elementos, sino como modos de organización del discurso, de las unidades complejas del discurso, articulados particularmente en torno a *puestas en funcionamiento de técnicas* y a una *crítica ideológica*.

Aquí se puede trazar un paralelo con la lengua, porque esta es constitutiva de la noción de efecto de significación (de relación significante-significado): desde el punto de vista lingüístico, para extraer todas las consecuencias de los problemas encontrados en el análisis de los morfemas, hay que decir que jamás es posible captar un significado en el enunciado por *su* significante. No es posible encontrar una correspondencia bi-unívoca entre las unidades del significante, incluso si se trata de unidades de segmentación simple y de unidades de significado. En consecuencia es necesario decir que la “correspondencia” entre los dos planos no es nunca individual, término a término, ella es siempre *global* (¿véase si no se podría interpretar en este sentido lo que Jakobson y Hjelmslev denominan *la asimetría* del significante y del significado? Es una cuestión que

---

<sup>18</sup> Marx sostenía en el tomo I de *El capital* que “Los medios de trabajo nos son sólo los gradientes del desarrollo de la fuerza de trabajo humana sino también los indicadores (*Anzeiger*) de las relaciones sociales de producción en las cuales son producidos” Citado por Althusser en “L’objet du Capital” en *Lire le Capital*, Paris, Quadrige/P.U.F. 1996, p. 389.

planteo). Brevemente, el enunciado no es un alineamiento de significados por intermedio de sus significantes, y es esto lo que se quiere decir cuando se dice que el significado no existe, que no hay sino efectos de significación.

Por lo mismo, en el discurso científico no se puede propiamente hablar de *captar los conceptos*. No es posible representarse el discurso científico como una sucesión, incluso regulada, diferenciada por la diversidad de las relaciones que se conciba entre ellos, de conceptos. Uno no puede *pararse* frente a una frase o a una fórmula, y decir: *Aquí* (yo) (nosotros) (se) piensa *tal concepto*, o la combinación de tales conceptos.

Retorno en efecto a la sugestión hecha más arriba. Quiero decir que es necesario darse, bajo el nombre de “concept” (científico), medios para pensar:

*A/ la variación de los modos de organización.*

Por ello mismo la historia de la ciencia, en consecuencia de lo teórico. Se podría afirmar que, para las principales ciencias “experimentales – teóricas” (física, química, biología) esta variación toma la forma de un pasaje de la crítica ideológica dominante. Ahora bien, se trata aquí de dos tipos concurrentes de “toma” del objeto. Mientras que, en la ideología, la “verificación” del discurso es automática, multiforme, y prácticamente sin limitantes, porque la ideología, como lo explica Althusser, *identifica y realiza las “situaciones”*, en la puesta en obra técnica (la “fenomenotécnica” de Bachelard) por el contrario, ella está sometida a constricciones cada vez más complejas y restrictivas, que no dejan lugar a ninguna “libertad” de interpretación. Mientras que la ideología se verifica siempre porque ella encuentra por todos lados sus situaciones, la ciencia experimental desarrollada se verifica cada vez que lo requiere porque ella selecciona implacablemente sus situaciones.

Habría en consecuencia, en el discurso de estas ciencias, una jerarquía con dominante de la crítica (o rectificación) que reduce-destruye-transforma las

situaciones y las verificaciones de la ideología, y de puesta en funcionamiento técnica que produce las verificaciones científico experimentales. Y en su historia [habría] una tendencia a desplazar la dominante en el sentido que señalaba.

Dejo de lado provisoriamente el problema de las *matemáticas* como discurso autónomo.<sup>19</sup>

B/ los conceptos científicos, aunque no sean “elementos”, en el sentido combinatorio del término, son sin embargo susceptibles (y deben) *ser representados* por elementos del discurso en el sentido *lingüístico*, es decir, unidades fragmentadas del enunciado. Conocemos al menos dos clases de “representación”, en las que la dominancia respectiva corresponde por otra parte los diferentes *modos* del discurso científico (históricamente y estructuralmente):

-la representación *por elementos del cálculo*. No quiero desarrollar aquí este punto; simplemente decir que creo se pueden proseguir las investigaciones de Bachelard en el Racionalismo aplicado y extraer mucho de ellas. La forma matemática del cálculo es la única que representa *exactamente* los vínculos entre conceptos que los interdefinen. (Física)

-la representación por *palabras\_o unidades semánticas* (= grupos de palabras sustituibles entre ellas, que forman una clase de equivalencia de sentido por el efecto y por las necesidades del discurso científico), aisladas, puestas de relieve y en valor en el seno del discurso. Estas unidades reciben así la función de *soportes* (Träger) de los conceptos. No se debería tomar como un juego de palabras que, al poner en evidencia este efecto propio del discurso científico en nuestra lectura de *El capital*, en muchos ejemplos, hayamos identificado particularmente junto a los conceptos que se proponen por sí mismos en los títulos de los capítulos y de

---

<sup>19</sup> No representación por elementos = los objetos (matemáticos) o símbolos *sobre los que se* calcula, sino por las formas del cálculo (de hecho se precisaría, para rendir cuenta de las mismas, explicar que es una *ecuación*). De allí una diferencia completa con la D. de Duhem (Comte ?): física matemática = *representación de las ideas por números* (medida, por lo tanto ley). cf. *Théorie physique*, p. 172. [Nota al pie en el original de Balibar]

los párrafos, *el concepto mismo de “Träger”*, es decir, la función de la palabra [*mot*] “Träger” y de sus equivalentes. Es evidente que no es la identificación de los soportes de conceptos en el texto de *El capital* lo que nos ha probado su cientificidad, sino más bien el reconocimiento de su cientificidad (en particular en la crítica de la ideología y de las transformaciones del texto que elle produce –cf. Althusser Comienzo del tomo I, etc.) lo que ha permitido identificar los soportes de los conceptos.

((Una palabra más a propósito de la representación de los conceptos por los elementos del cálculo. En mi intención esta fórmula provisoria se opone término a término a aquella del neo-positivismo, para el cual la teoría científica es también una representación, en dos etapas por otra parte formalmente semejantes: representación de los hechos por las leyes (matemáticas), representación de las leyes por las teorías. Esta representación es “simbólica”, y en consecuencia *arbitraria*, precisamente en el sentido de lo arbitrario del signo; el lazo del significante con el significado es convencional. Tal es el caso para todas las variantes de la idea de “modelo”).

Ahora bien, estas concepciones positivas deben ser criticadas, y ellas pueden serlo completamente por la combinación de tres fuentes teóricas:

-Lenin mostrando que el positivismo rechaza la relación necesaria de la ciencia con la ideología, y correlativamente mostrando que este rechazo define un tipo determinado de presencia de la ideología en el discurso científico;

-los lingüistas que han criticado la noción de lo arbitrario del signo terminado de constituir así, contra el propio Saussure, el concepto lingüístico de signo en ruptura con todo el empirismo: Benveniste (artículo de 1939, recogido en P.L.G.),<sup>20</sup> y Jakobson (Sur l’essence du langage, in *Diogène*, n° cité). Ellos muestran que la relación significante-significado no es convencional, sino

---

<sup>20</sup> “Naturaleza del signo lingüístico” en *op. cit.*, p. 49-55.

necesaria, lo que significa que las categorías del significado son producidas por las combinaciones del significante. Ahora bien, en los grupos de combinación del significante con las categorías del significado, hay generalmente “asimetría” (por ejemplo: del paradigma de flexión de los substantivos y adjetivos al conjunto de “casos” que ellos representan; ésta es la razón por la que no pueden ser completamente identificados por la presencia de una desinencia determinada, es necesario recurrir a un “contexto”, es decir a otras combinaciones simultáneamente presentes. Por esta vía se puede comprender, poco a poco, que la adecuación del significante al significado sólo existe en el nivel del sistema entero de la lengua); pero, en el seno de esta asimetría general, también puede haber casos de *simetría* parcial. Jakobson consagra el artículo citado a mostrar la importancia de estos casos en la sintaxis, que él llama siguiendo a Peirce “diagramas”. Los signos que son diagramas (por ejemplo el modo de formación de grados de comparación de los adjetivos: *altus-altior-altissimus*, el crecimiento gradual del número de fonemas refleja la gradación de un significado) contradicen de manera *patente* la teoría de lo arbitrario del signo.

Creo que se podría mostrar, luego de haber extendido al discurso científico el beneficio de la crítica de lo arbitrario del signo (puesto que en el fondo la teoría neo-positivista significa que el discurso científico es “arbitrario” en tanto que está obligado a representar por los *enunciados* significados que son los *hechos* y las *experiencias*, y la convencionalidad de las leyes no hace más que reflejar la convencionalidad del lenguaje), que el discurso científico hace un uso considerable de la correspondencia “diagramática”, y tanto más cuanto más se aproxima a la forma “experimental-teórica” que es la de la física matemática por ejemplo.

-Bachelard, prueba que la matemática no es un “lenguaje” del conocimiento científico, sino la realidad de este conocimiento. Ahora bien, como la realización

técnica de los fenómenos es asimismo la realidad del conocimiento, esto quiere decir que existe en el “discurso” científico (y uno puede encontrar en él la figura al nivel de su texto) un sistema de cambio entre soportes matemáticos de conceptos y realizaciones técnicas de conceptos que produce su equivalencia (de donde fórmulas como: “Así una bilengua [*bilangue*] debe ser aprendida si uno quiere comprender el funcionamiento de los “filtros” en radiofonía. Se puede decir verdaderamente que estos filtros eliminan tanto las vibraciones en los aparatos como las soluciones en las ecuaciones. Ellos son organizaciones abstractas-concretas.”).

Sugerimos entonces que, del acercamiento de estas diferentes fuentes, podrían venir luces relativas a la naturaleza del discurso científico. Por ejemplo, con la ayuda de los dos últimos, se mostraría porqué la fórmula que propuse más arriba es lo que permite pensar la *inmanencia* de la estructura preservando la distinción del objeto real y del objeto de conocimiento:

-si el sistema de los conceptos que constituye el conocimiento regional del objeto está representado matemáticamente, la expresión matemática (que es un sistema de ecuaciones o, considerado abstractamente, un símbolo que la figura) es el significante y el concepto es el significado. Esta relación debe ser “simétrica” o “diagramática”.

-ahora bien, ¿qué es un significado? Un significado es otro significante por el cual el significante puede ser traducido (Jakobson). Decir que el concepto está representado por una expresión del cálculo es, entonces, decir que una expresión del cálculo traduce (y puede ser traducida unívocamente: simetría) otro significante.

Este otro significante es generalmente un tipo de “montaje” experimental. Producir un discurso científico (a partir de este ejemplo), es precisamente producir esta correspondencia.



-ahora bien, ¿qué es un montaje experimental? Es un proceso técnico. Es en consecuencia un *sistema natural*, o mejor aún es un proceso que realiza sistemas naturales combinando lo “real” y lo “artificial” en una absoluta equivalencia: uno no es menos natural que el otro, no está menos sometido que el otro a las “leyes de la naturaleza” (física), y ellos no se infringen mutuamente “violencia”, de la misma manera en que el plano inclinado de Galileo no producía un movimiento violento. Toda técnica es un proceso en el cual “el hombre juega frente a la naturaleza el rol de una potencia natural” (Marx). Observemos que en esta combinación lo real está siempre ya *dada*, su presencia no puede reducirse al recuerdo de un origen natural (biológico) de los instrumentos técnicos (cuya genealogía se remonta efectivamente a los orígenes de la humanidad), lo que ilustra una tesis del materialismo dialectico.

-el discurso científico establece una relación de intercambio entre este sistema (o esta combinación) y una expresión matemática; ellas se convierten así en dos formas de existencia de un concepto.

El proceso técnico constituye el pasaje del objeto real al objeto de conocimiento, pasaje que ha siempre ya ocurrido (de manera que el objeto de conocimiento es el único con el cual tiene que vérselas el discurso de la ciencia): no hay acceso “inmediato” al objeto real, “anterior a toda experiencia” (lo que es un fantasma). Por otra parte, la matemática no es un “modelo” exterior de este objeto de conocimiento: montaje experimental y expresión matemática intercambian recíprocamente sus roles de significante y de significado. La estructura matemática está en consecuencia *en* la experiencia (el montaje) como la experiencia está *en* la estructura.))

### III/ El discurso científico y el discurso ideológico

Me parece, en consecuencia, (aunque lo que precede sea más del orden de las preguntas que del de las respuestas) que la teoría del discurso científico es una teoría del modo de producción de los conceptos más que una teoría de su disposición. Por esta razón ella incluye necesariamente la teoría de la relación de la ciencia con la ideología, no marginalmente, al lado del análisis de una “lógica” interna, sino principalmente y en su centro. La relación con la ideología es en efecto lo que la práctica teórica de la ciencia no posee jamás como tema explícito, sino que, al contrario, se trata de aquello que la teoría del discurso científico debe siempre reencontrar, no tanto a título de *transmisión* entre la impersonalidad, o más bien la no personalidad del discurso científico y del inconsciente del científico (Marx, Cauchy, etc.) (en este punto adhiero plenamente a las observaciones de Althusser) sino sobre todo a título de problema constitutivo. Conocer el modo de producción de los conceptos científicos *en general*: es constituir un cuerpo de conceptos abstractos relacionados con la combinación de la ciencia y de la ideología: y correlativamente es poder conocer una pluralidad de discursos científicos, que pertenecen ciencias particulares y a momentos particulares de su historia, como otras tantas formaciones diferentes en las que se producen los efectos de esta combinación (ver Canguilhem, Koyré, Foucault).

Paréntesis: cuando digo que la práctica científica no explicita su relación con la ideología, se me podrán plantear objeciones con dos tipos de contraejemplos:

-que, en las regiones o en los periodos que no están dados al positivismo de los científicos, se establecen vínculos diversos entre la práctica científica y los problemas “filosóficos”, por ejemplo durante todo el período clásico de la historia de la física: pero yo digo que la relación con la ideología en cuanto tal se encuentra por esta vía más *desconocida* que conocida;

-que, particularmente en el curso del proceso de “corte epistemológico”, la ideología anterior se encuentra explícitamente exhibida, intimada a proveer sus pruebas, confrontada con experiencias o con demostraciones científicas, y finalmente refutada (como Aristóteles por Galileo): pero digo, en primer lugar, que este proceso donde se origina la manera con la que el positivismo reconoce-traviste el corte epistemológico implica al mismo tiempo la ignorancia de la nueva ideología, de la nueva relación con la ideología que pertenece a la nueva ciencia (que se cree unida y transparente); y sobre todo que la ideología es aquí explicitada según una modalidad completamente particular y muy interesante: la de la *refutación*, es decir, que ella no es pensada como pregunta [*question*] (como problemática o como estructura), sino, nuevamente, como respuesta, y como respuesta falsa en el campo delimitado retrospectivamente por el problema de la ciencia y por su lógica.

Para retomar la terminología de Althusser. Concluyo que el discurso ideológico es también un “vecino contiguo” del discurso científico: él lo dice por lo demás, puesto que la ideología aparece como el término medio indispensable entre la idea, por una parte, y el discurso de la ciencia o el del arte por el otro, (constituyendo así una bifurcación por cuya naturaleza tendremos que preguntarnos). Pero sugiero que se diga que reencontramos aquí, a propósito del discurso científico, algo así como un eje de *desplazamiento* de las “limitantes”, cuyos dos polos serían la ciencia y la ideología. Los propios términos en los que recogemos los efectos de cada uno de estos dos discursos muestran que ellos no pueden ser definidos por *separado*: “conocimiento” de un lado, “reconocimiento–desconocimiento” del otro. Por una parte, no hay ideología, en tanto que desconocimiento, más que bajo el efecto retrospectivo de un conocimiento: es la presencia efectiva de la ciencia lo que permite asignar teóricamente el reconocimiento (Macherey lo ha recordado valiéndose de Spinoza en su artículo

de la *Nouv. critique* sobre la ruptura<sup>21</sup>); por otra parte no hay ciencia sino por el proceso que transforma el reconocimiento (de las situaciones) ubicándolas bajo la dominación de un cuerpo de conceptos científicos.

La teoría del discurso científico no descubre, entonces, una al lado de la otra y simplemente como dos estructuras antitéticas, el modo de producción científico y el modo de producción ideológico del discurso: ella descubre todas las formas de combinación y de transición que se inscriben en el eje de desplazamientos del que he hablado. Es la única manera de pensar simultáneamente las *historias* respectivas de lo teórico y de lo ideológico (y en consecuencia de poder dar cuenta de algo así como lo “teórico ideológico”, es decir, la *filosofía*).

En cuanto a la ideología que se encuentra combinada de esta manera con la ciencia, es claro que sus “elementos”, o más bien su *origen* puede ser muy diferente (y esta diferencia plantea el problema de las formas *diversas* que reviste la combinación): puesto que se trata en primer lugar de la ideología constitutiva de las “situaciones” que el discurso científico transforma en campo de experiencias (lo que constituye en consecuencia la experiencia común, vivida, y su “evidencia”) pero también de las ideologías “precientíficas” superadas en el curso de sucesivos cortes epistemológicos; pero también de elementos de *otro* discurso *científico* (y que, en consecuencia, *funcionan como* elementos ideológicos) importados de manera acrítica en el campo de una ciencia en vías de constitución: por ejemplo la atracción newtoniana en el siglo XVIII en los dominios más diversos, la psicología, pero también la química y la electricidad, por ejemplo los elementos de lingüística y de matemática, hoy un poco por todas partes en las “ciencias humanas” (ideológicas) pero también en Lacan en el cual la “topología”, como lo ha señalado Badiou, tiene un estatus extremadamente

---

<sup>21</sup> Ver Pierre Macherey “À propos de la *rupture*”, *La Nouvelle critique*, Paris, Mayo de 1965.

equivoco; o en fin, los elementos ideológicos “autóctonos”, producidos por la propia práctica científica.

Todavía en otros términos, tomados de los textos precedentes de Althusser, diría que la teoría de una forma de discurso nos pone en presencia de una estructura *con dominante*, y en consecuencia ella debe implicar la posibilidad de su *variación* interna, ella debe permitir pensar el pasaje de una formación a otra como pasaje de la ideología dominante a la ciencia dominante.

Es sólo de esta manera que se podrán situar claramente dos problemas importantes: el de la *importación* de los conceptos, el del “*sujeto* de la ciencia”.

1°/ La importación de los conceptos: Canguilhem, Foucault o Bachelard han estudiado muchos ejemplos, y Canguilhem ha incluso forjado por su cuenta varios conceptos teóricos para dar cuenta de los mismos (como Macherey lo había expuesto en su artículo de *La Pensée*<sup>22</sup>). Ahora bien, si es cierto que el proceso de conocimiento científico es, de hecho, el proceso del pasaje de la ideología a la ciencia, esto significa que *todos los conceptos científicos son “importados”*: no es un caso particular, es la regla, ellos vienen siempre de otra parte, es decir, de la ideología. Es necesario entonces hacer una teoría de la importación de los conceptos y de su domesticación, con un doble uso: conocer la historia de las ciencias existentes y constituir una parte de la teoría general del modo de producción de los conceptos científicos (del discurso científico), constituir una “guía para la acción” en el dominio de las ciencias en vías de formación, o en el campo de los problemas científicos actuales (por ej. en el materialismo histórico, o en el materialismo dialéctico). Saber si el origen de los conceptos importados puede ser cualquiera, si no hay *reglas* que hagan posible la domesticación, que remitan por ejemplo a una teoría de la “proximidad” relativa de los dominios

---

<sup>22</sup> *La Pensée* 113, febrero de 1964, pp. 62-74; ver: “La filosofía de la ciencia de Georges Canguilhem: epistemología e historia de las ciencias” en Macherey, Pierre *De Canguilhem a Foucault: la fuerza de las normas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011, trad. de Horacio Pons.

científicos, de los dominios científicos y de las regiones de la ideología, y en consecuencia, a la cuestión de una “clasificación” de los dominios (que corre el riesgo de no ser ni lineal ni inmutable); saber por ejemplo porqué las tentativas recientes de Bourdieu (cf. sus libros y artículos en TM<sup>23</sup>) de resolver el problema *real* que se ha planteado con la ayuda de conceptos importados de la física: información, campo, etc., están condenados al fracaso, es decir, no conducirán a ninguna domesticación, etc.

Ahora bien, si las observaciones anteriores son correctas, un concepto no es un “elemento” del discurso científico, no es una palabra [*mot*] o una unidad lingüística constituida a partir de palabras, y en consecuencia importar un concepto no es importar una palabra. Macherey decía en el artículo de *La Pensée*: “una palabra más su definición”, lo que significa que el trabajo de definición es el trabajo propiamente científico, el que hace “avanzar” el conocimiento. Pero la definición no es tanto una operación lógica como un proceso de transformación o de mutación interior al discurso que modifica la manera *en la que se fija el sentido de las palabras*, o de otras unidades lingüísticas, es decir, que modifica el modo de determinación del significado. Y esta transformación tiene muy a menudo la forma de un pasaje de la “sobredeterminación” a la *univocidad*. Decir que los conceptos son siempre importados, es decir que ellos están siempre sobredeterminados, que la sobredeterminación es el modo de fijación del “sentido de las palabras” propio del discurso “anterior” a la ciencia (por relación a estos dos momentos, una forma transitoria aunque muy interesante está representada por la fijación unívoca, aunque *implícita*, aquella que no está acompañada por una traducción-standard –precisamente lo que se denomina una definición tanto en los diccionarios como en los tratados científicos– sino que

---

<sup>23</sup> Ver por ejemplo en versión castellana “Campo intelectual y proyecto creador” en AA. VV. *Problemas del estructuralismo*, México, siglo XXI, 1967, el volumen corresponde a la edición de *Les Temps Modernes*, n° 246, noviembre de 1966, trad. cast. de Julieta Campos, Gustavo Esteva y Alberto de Escurdia.

proviene sólo de un *uso* reglado, con, a menudo, clases de “conceptos”: de hecho, de palabras, equivalentes en el uso como en el ejemplo al que me referí más arriba a partir de *El Capital*; es el modo de definición más frecuente en el discurso filosófico). Ahora bien, sabemos que la “sobredeterminación” no significa que un elemento lingüístico esté abierto a todos los sentidos, a todas las interpretaciones, que su interpretación sea interminable, sino, por el contrario lo que significa es que estamos ante una *cadena* que se solapa sobre sí misma: una palabra “sobredeterminada” es un punto de solapamiento de muchas formaciones del discurso. Me parece que una parte de las investigaciones lingüísticas (que conozco mal) que giran en torno a la “semántica”, del estudio (teórico o empírico, sobre ejemplos particulares) del “significado”) busca precisamente dar cuenta de esta sobredeterminación no arbitraria con la ayuda de conceptos como los de *distribución* de un léxico o de las formas sintácticas, del “campo semántico” etc., ella busca fundar el estudio de las propiedades de la cadena. Estas tentativas (lo que yo conozco) dan una impresión de errancia teórica porque ellas sugieren la posibilidad de una ciencia “del significado” a la par de la ciencia lingüística del “significante”, en tanto que la única ciencia posible es la de los diversos tipos de limitantes que rigen al significante, y que el significado sólo existe en tanto que efecto de significación producido por esas limitantes. Pero esto quiere decir simplemente que el problema de la sobredeterminación no concierne a la lengua, sino al discurso, o más bien a *un* modo de producción de discursos determinado; y el único discurso posible es la *ideología*, desde los discursos de la “vida cotidiana” hasta sus formas más abstractas. La sobredeterminación es entonces el modo de fijación del sentido propio de la ideología, es decir, el modo “original” de fijación del sentido porque nada *precede* a la ideología (contrariamente al arte y a la ciencia, que no son efectos engendrados por la ideología, pero que la encuentran siempre ya dada).

Se vuelve a encontrar aquí, creo, un punto extensamente desarrollado por Althusser a propósito de la relación entre el inconsciente y la ideología: puesto que es decir que lo que Freud y luego Lacan han estudiado a propósito de la sobredeterminación de los elementos del discurso manifiesto (ideológico, dice Althusser) a propósito de la existencia de la cadena y del mecanismo de la producción de los efectos del inconsciente como el *lapsus* y el *Witz*, es en realidad *la articulación* del inconsciente sobre el discurso ideológico.

Que el discurso ideológico tenga el carácter de la cadena estudiada en su forma por primera vez por Freud y Lacan podría verificarse buscando reconstituir los “puntos de almohadillado” que indican los solapamientos. Por ejemplo, el punto solapamiento de toda filosofía de la historia (incluido un texto como *La ideología alemana*) con la teología, es el termino de *generación* y el conjunto de su “campo semántico”.

Sobre este intento, creo incluso que se podrían identificar otros rasgos característicos del discurso ideológico, y que han sido analizados en primer lugar por Freud a título de “propiedades” del inconsciente por las mismas razones: por ejemplo *la ausencia de contradicción*, que Freud atribuye al inconsciente en la *Metapsicología* junto con la atemporalidad. Lo que se da como contradicción en la ideología sólo tiene el estatuto de la denegación, aquella que es “sin reconocerlo, una forma de aceptación de lo reprimido”. Nada lo traduce mejor que los “debates” que ha sabido alojar (sobre este punto Foucault en *Las palabras y las cosas* habría tenido una idea interesante si no hubiera construido un modelo destinado a *reconocer* la contradicción a condición de *relativizarla*, e incluso a reconocerla sólo en el nivel *real*, aquel de los textos que él denomina “doctrinas” —suprimiéndola completamente en el nivel meramente *ideal*, aquel de la intención —que él denomina “episteme”): estos debates traducen la ausencia de contradicción propia del modo de producción de la ideología; ella se revela en



todos los dominios en los que se puede probar de que es la misma cosa que se dice “en otros términos”: por ejemplo, del empirismo a Hegel, en lo que concierne al conocimiento. Por el contrario en la ideología hay conflictos, *luchas*, *compromisos*: su realidad es propia del estatuto de la ideología en la complejidad de una formación social (estudiar el proceso de formación de una situación o de una “obra” –por ej. la obra teórica de Marx producida en el campo de la ideología, no es estudiar las contradicciones internas, sino los conflictos).

2°/ *El “sujeto”* de la ciencia. He dicho al comienzo que me resultaba molesto dar una definición solamente *negativa*, definiendo su presencia en el discurso científico como una “ausencia”, pero sin especificar, con sencillez, lo que está ausente. La continuación del texto de Althusser aporta dos complementos sobre este punto que bastan, a mi entender, para plantear correctamente el problema. Él ha dicho en primer lugar que el concepto, o la categoría, de “sujeto” parece convenirle exclusivamente al discurso ideológico. De allí se sigue, evidentemente, que en *los otros discursos* el modo de presencia, o eventualmente, de ausencia del sujeto es el índice de su relación con el discurso ideológico. Él muestra a continuación que el “sujeto del inconsciente” sólo está en relación con el discurso científico por la intermediación del discurso ideológico (¿o soy yo quien le hace decir esto aproximando muchos pasajes?) (cf. note III, p. 3). Esto equivale a decir que la ausencia del sujeto en el discurso científico no es una ausencia en general, sino una ausencia determinada, la ausencia de un sujeto determinado que es el de la ideología, e incluso más precisamente, la ausencia del sujeto en las formas que estaban implicadas en los discursos ideológicos con los cuales todo discurso científico está combinado (como lo he propuesto más arriba).

Hay, por un lado, en el discurso del inconsciente, un modo de presencia, del discurso científico: pero este discurso científico sólo está presente aquí como “objeto” (metonímico), es decir. Independientemente de su funcionamiento

productor de conocimientos: esta presencia es exactamente semejante a la de la *obra de arte* en la economía del inconsciente (cf. Tort, in TM. Mars 1966, p. 1643: “no es (...) el valor cultural, la calidad literaria o musical, las que intervienen como tales en la resolución del conflicto psíquico: este valor se produce como un resultado, por añadidura. No se debe confundir la eficacia terapéutica del acto creador con el éxito artístico, tomar el poder que tiene la creación de equilibrar el discurso fantaseado del sujeto, por la verdad antropológica que proporciona la obra... o no (caso descuidado con demasiada frecuencia).”<sup>24</sup> Lo que muestra Althusser es que la relación se instituye entre el inconsciente y el discurso *ideológico* que acompaña al discurso científico, principalmente por intermedio de una representación ideológica de la propia práctica científica (lo mismo que, en la frase de Tort, lo que juega un rol en la economía del inconsciente es la *creación* artística, que no es la realidad de su producción, sino su doble ideológico).

Pero sobre todo hay, y esto es lo que es preciso tener en cuenta como “la ausencia del sujeto” en el discurso científico, una relación necesaria con el sujeto del discurso ideológico cuya definición pertenece necesariamente a la teoría del discurso científico. Lo que le sugiere naturalmente es lo que dice Althusser a propósito de la estructura *de la interpelación–garantía* que produce el efecto de subjetividad ideológica. En efecto, no se puede dejar de reconocer que esta estructura ha sido *descripta* en términos extraordinariamente precisos, no sólo por las Escrituras, sino por el discurso *filosófico* clásico (cartesiano y post-cartesiano) con la función de “fundar” la certeza del discurso científico de la matemática y de la física: es aquí donde fue necesario constituir el campo de las relaciones entre el sujeto empírico y el sujeto transcendental, como por otra parte entre la certeza del cogito accesible a un entendimiento finito y aquella de la existencia de Dios

---

<sup>24</sup> Citamos de acuerdo a la versión castellana: *La interpretación o la máquina hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976, trad. de Diana Guerrero, p. 93.

que garantiza el traspaso de la evidencia en el curso de la deducción. Ahora bien, creo que nos encontramos aquí precisamente, con la forma que reviste el efecto de subjetividad ideológica en su relación con el discurso científico: es la producción de *la evidencia* (el problema verdad-certeza). La evidencia racional tiene el doble estatuto de un elemento ideológico espontáneo que acompaña la práctica teórica del científico, y de una respuesta a una problemática ideológica (filosófica) concerniente a la ciencia y acompañando históricamente un cierto período (capital) de su desarrollo. Por resta razón podemos intentar, acaso, desarrollar de una manera crítica, a partir de este problema, un análisis de la presencia-ausencia del sujeto ideológico en el discurso científico. Me parece que en el *Racionalismo aplicado* (caps. II-III-IV) hay elementos muy interesantes para este análisis. Por un lado, evidentemente, toda una aparente “psicología” de la vigilancia intelectual de sí, del desdoblamiento de la conciencia requerido por la práctica científica, próxima al “psicoanálisis” del conocimiento objetivo, toda una psicología “inter subjetiva” del sujeto colectivo que sería el de la ciencia moderna. Pero creo que esta psicología sólo es una nominalmente (incluso si este nombre induce aberraciones) y que se trata en realidad de algo completamente distinto. Para convencerse basta observar el rol preponderante que se le asigna a *la enseñanza* de la ciencia, que no designa en absoluto un proceso de ascesis individual, sino más bien un proceso de transición de la ideología a la ciencia, cuyas formas y necesidad permanente remiten a la existencia muy objetiva del discurso ideológico y de la práctica científica, y a sus formas históricas determinadas. En consecuencia este análisis autoriza el estudio de las variaciones de la forma del proceso de aparición de la “certeza” científica en el pasaje de la ideología a la ciencia (una ciencia en sus comienzos y una ciencia desarrollada; la ciencia clásica y la organización colectiva de la ciencia moderna).

Pero sobre todo este análisis significa que Bachelard remite el efecto de subjetividad propio del discurso científico (la producción de la evidencia) a la cuenta de la pedagogía (permanente) de la ciencia; ahora bien con Bachelard la pedagogía no es un *aprendizaje*, es una *rectificación*. El tema de la filosofía clásica había sido la elaboración del concepto ideológico de subjetividad a partir del problema de la verdad-certeza, de la evidencia apodíctica del conocimiento científico. Sin dudas, sólo Spinoza modificó la posición de este problema considerando simultáneamente el *verum index sui* (=la ausencia de la estructura del redoblamiento que produce la *garantía* de lo verdadero) y la “reforma del entendimiento”, es decir, el conocimiento como un proceso pedagógico, con sus rupturas, de “desubjetivización”. El texto de Bachelard nos puede permitir adelantar un paso más, mostrando que esta negación del sujeto es más bien, ya que una vez no hace costumbre, una *negación-determinada*: la evidencia es el modo de presencia del sujeto propio a las certezas ideológicas precientíficas, una modalidad particular, creo, del “efecto de reconocimiento” del que habla Althusser; la trasposición que hace Bachelard de los conceptos cartesianos al “nosotros”, sujeto colectivo de la ciencia moderna, el *instructor* al mismo tiempo que *crítico* y *juez*, en consecuencia *garante* de los conocimientos verdaderos producidos por el científico, expresa, bajo una forma muy particular, la destrucción del efecto de reconocimiento ligado a la posición subjetiva en la ideología, y a su transformación en “evidencia científica”, que es como la anticipación del reconocimiento colectivo y lo torna prácticamente inútil. Se ve así que el sujeto del discurso ideológico está ausente del discurso científico, pero con una ausencia determinada que es permanentemente indispensable para la producción de este discurso. La evidencia, que se coloca sobre los *enunciados*, no añade nada a su demostración, ella es sólo el índice de la estructura compleja del

modo de producción de los conceptos, que envuelve una relación necesaria con la ideología.

(a este respecto, sugiero la terminología siguiente:

-sólo puede ser “ideológico” o “científico” un modo de producción de discursos, pero no una teoría ni *a fortiori* un enunciado;

-sólo una teoría en el seno de un modo de producción científico puede ser “verdadero” o “falso”, en consecuencia no una “teoría ideológica” ni una “problemática ideológica”, etc.

-en fin sólo puede ser “demostrable” o “no-demostrable” un enunciado en el seno de una teoría según las reglas de su lógica, en consecuencia no una teoría (que solamente puede ser verdadera, en particular puesto que verificada). Esto supone elaborar teóricamente la noción de *demonstración experimentable*. Aquí, una vez más, Bachelard puede ponernos en la senda);

-como lo he sugerida más arriba (Aristóteles y Galileo) una “fase de transición” teórica (corte), es un tipo de discurso mixto en el seno del cual lo ideológico puede estar entre sus *productos* designado como “falso”: “es falso que el sol gira entorno a la tierra”, “es falso que el capital constante produce valor”; es claro que este discurso puede exigir una traducción o una reformulación de los enunciados que pertenecen al discurso ideológico, puesto que ellos tienen aquí el estatuto de una *cita*; yo emplearía una metáfora sintáctica, diciendo que es un paso del estilo “directo” al estilo “indirecto”).

-----

Para concluir (provisoriamente):

Si el objeto teórico al cual una teoría del discurso científico tiene que ver es esta *combinación*, o esta estructura con dominante en la cual figura también el discurso ideológico, se puede tal vez generalizar estas sugerencias: decir que el

discurso ideológico está presente en la estructura con dominante de todos los “discursos”, es decir, de sus modos de producción. Por otra parte del texto de Althusser se desprende con suficiente claridad que el discurso ideológico es el “vecino contiguo” de *todos* los otros discursos. Esta vecindad no tiene el sentido de una frontera común, sino siempre, siguiendo sus propios términos, el de un “injerencia” [empiètement]. Uno comprende entonces porqué los elementos de lo ideológico son “de manera general los elementos de los otros discursos” (n.I, p. 12). Pero esto implica a su vez una dificultad particular: ¿es posible conocer efectos ideológicos “puros”, es decir, ¿es posible acceder a la ideología de otra manera que no sea a través de sus combinaciones con otros discursos? Es una pregunta que planteo. ¿El objeto-real no es siempre la combinación del discurso ideológico-científico, del discurso ideológico-artístico (que establece, como lo proponen Macherey y Badiou, una relación con la ideología *comparable* a la de la ciencia), en fin del discurso inconsciente-ideológico? O incluso de combinaciones más complejas.

En efecto lo que *existe*, es decir lo que se realiza en las formaciones del discurso (por ejemplo las “obras”), eso no es ni el “habla” [“parole”], es decir, la proyección mítica de la estructura de la lengua en la temporalidad del enunciado, ni un tipo único de discurso: ni un único tipo de efectos de significación, sino siempre simultáneamente *muchos* efectos de significación combinados. El problema “del discurso”, en singular, es en consecuencia el problema de la coexistencia y de la compatibilidad de muchos efectos de significación, de muchos discursos. Es preciso estudiar las modalidades de esta coexistencia, por ejemplo la manera en la que el discurso del inconsciente se da a entender “en los entresijos” del discurso ideológico (¿pero no se podría decir también que el discurso ideológico se da a entender en el discurso del inconsciente?), o la manera en la que el discurso ideológico está “ausente” del discurso científico.

¿En este punto no se podrían utilizar y modificar eventualmente muchos de los conceptos teóricos elaborados por *Jakobson* por ejemplo (y simultáneamente comprender la importancia que reviste en una tentativa como la de Lacan)? En efecto, en su crítica del funcionalismo empirista (lengua= medio de comunicación) él aborda expresamente la pluralidad de los efectos de significación de un mensaje y de sus condiciones de posibilidad (=el conjunto de los conceptos que definen el proceso de comunicación, en consecuencia enunciado/enunciación, etc.). Simplemente él se limita a *dos* efectos, de los cuales uno es específico (“poético”), pero el otro es indeterminado (comunicación) (de hecho, todos los efectos de significación son efectos de comunicación, siempre que se reconozca que la única cosa que un mensaje comunica, es decir, hace circular, es *el propio mensaje*, en todo caso ciertamente no las palabras [*mots*], y aún menos las informaciones, como en la radio, o los significados). El objeto de estos análisis está sin duda incompletamente definido por el propio Jakobson, porque él ve: 1º) que no es idéntico a la “lengua” en el sentido saussureano de la estructura del *código*, 2º) que es lingüístico e incluso formalizable y que en consecuencia la lingüística no se reduce a una teoría del código, lo que es fundamental, pero sin hacer intervenir al discurso en el sentido en el que Althusser lo entiende.

Pero esto permite sugerir la manera en la que la lingüística interviene, *necesariamente*, en la teoría du discurso. Ella no interviene como *modelo*, porque los discursos no son una lengua o un uso particular de la lengua (no hay *código* del discurso, ni del discurso científico, ni del discurso artístico, ni del discurso ideológico, ni du discurso del inconsciente: Lacan lo ha visto perfectamente: sólo existe el código lingüístico). Ella interviene como *la teoría de las condiciones formales que permiten la compatibilidad de los efectos de significación*.

Este punto, que me propongo retomar próximamente, se vincula con lo que decía más arriba a propósito de la *linealidad*, y a propósito de los discursos que sólo son tales por medio de su relación con una formación que es ya lingüística (el discurso estético):

Cuando Lacan dice que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, esto no quiere decir como una lengua, ni como un enunciado lingüístico (=un enunciado considerado únicamente desde el punto de vista de las limitantes lingüísticas que operan en él); esto quiere decir que el inconsciente está estructurado *a través de [par]* estructuras lingüísticas. Y acaso el punto esencial es destacar que los conceptos de metáfora/metonimia (cuyo estatuto creo que es, análogo en Jakobson a aquel de: enunciado, enunciación, etc.; volveré a esto) expresan el *efecto de linearización* que produce la combinación (siempre ya dada) de la estructura lingüística con lo imaginario “puro” (cf. esta precisión provista en *La Psa*, VI, p. 181: “el lenguaje, aunque sin duda no lo llena todo, lo estructura todo de la relación interhumana.”<sup>25</sup>). Este efecto de linearización ya ha sido estudiado por Tort de una manera que me parece exacta en su artículo de *Temps Modernes* (febrero de 1966, p. 1482-1483)<sup>26</sup>. ¿No se podría encontrar también en el discurso ideológico una linearización de las “situaciones”, en el discurso científico una linearización de lo que, en sí, no es ni el enunciado ni la lógica (“la experiencia”) (lo que nos lleva nuevamente al problema que planteé más arriba sobre la “demostración experimental”)? Hay evidentemente dificultades, en particular a propósito del discurso estético, del que uno puede preguntarse si la linearización es “implícita” (como dice Tort) o bien si ella es, por el contrario, extrínseca, es decir, sólo pertenece al *comentario* ideológico del objeto estético.

---

<sup>25</sup> Citamos de acuerdo a la versión castellana: “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en Lacan, Jacques *Escritos*, vol. 2, Buenos Aires, Siglo XXI, trad. de Tomás Segovia, p. 589.

<sup>26</sup> Trad. castellana en op. cit.



Sería necesario ocuparse de dos tipos de discurso que parecen estar en una situación *de excepción*, porque ellos parece combinar sólo elementos “lingüísticos”: el de la literatura, y el de las matemáticas.

(las matemáticas plantean problemas, pero inversamente permiten plantear correctamente un problema que está oscurecido en el estudio de las ciencias “experimentales” : el de la “sintaxis” del discurso científico, cuyo tema suscita la asimilación de la ciencia a una lengua. En efecto, la “sintaxis” de las matemáticas, es la *demostración lógica*. Ahora bien, en el nivel de la demostración, no hay “conceptos”: lo que quiero decir es que la lectura lógica de un texto matemático, y en particular de un texto que se acerca a la formalización completa, “borra” [“gomme”] los conceptos o más bien sus representantes, y no considera más que los términos y las relaciones. Aunque no me satisfaga del todo la concepción expuesta por ejemplo en Bourbaki, en el nivel de la demostración, no hay *historia*: los Griegos demostraron ya, y la relativa imperfección de sus demostraciones sólo pone de relieve con mayor claridad su conocimiento de la esencia de la demostración; de Euclides a la actualidad, *desde este punto de vista*, no hay historia sino un perfeccionamiento. Es por ello que Cavailles muestra que no es una *lógica* lo que permite analizar la naturaleza de los conceptos matemáticos y su historia).

-:- :- :- :- :- :-

### Post-scriptum

Es evidente que el texto que antecede no responde a todas las cuestiones planteadas por Althusser; él más bien las encara por otras vías, y las preguntas a las que llego sobre el final me parecen de la misma naturaleza que las que él plantea en su nota n° III. Es claro también, espero, que las distintas reservas formuladas a propósito de ciertas formulas o ciertas sugerencias de Althusser (en

particular en lo que concierne a la determinación de los “significantes” propia de cada discurso) no quieren en modo alguno imputarle la responsabilidad de un error teórico, emparentado por ejemplo con la “semiología”, que toda su exposición excluye absolutamente. Mis desarrollos sobre este punto tienen el valor de una inquietud, o de una crítica *limitada*, y sirven por su parte, a mi entender, a esclarecer el problema.

(Una observación más sin embargo, sobre este punto: una frase como “El inconsciente es una estructura cuyos elementos son *significantes*. Como sus elementos son *significantes*, las leyes de combinación y los mecanismos de funcionamiento del inconsciente dependen de una teoría general...”, note I p, 9,<sup>27</sup> me parece teóricamente incorrecta: una estructura (sinónimo, por otra parte, aquí de “las leyes de combinación y los mecanismos de funcionamiento”) no puede depender de una teoría general en tanto que sus *elementos* son de una naturaleza determinada, sino solamente en tanto *que ella-misma* es de un tipo determinado).

Lo que he querido decir es sobre todo que “las leyes generales de todo discurso” no pueden ser las de la lengua (de allí mi reserva respecto de la “doble articulación” por ejemplo); puesto que *la lengua no es un discurso*, ellas son en consecuencia las leyes de intervención o de limitación de los discursos por la lengua, pero no es seguro que sean las únicas (así yo vería más bien una “doble articulación” de una clase distinta, como la que he intentado poner de relieve a propósito de la ciencia y de la ideología, es decir, la articulación de dos modos de producción diferentes de efectos de significación en un solo discurso; e incluso, ¿lo ideológico no es siempre necesariamente uno entre ellos? y ¿lo ideológico no lleva siempre consigo a lo inconsciente “en sus intersticios”? Lo que sugeriría

---

<sup>27</sup> Edición francesa: p. 130, trad. cast. p. 114.

tres grandes tipos de formaciones del discurso: ICS-ideología, ICS-ideología-arte, ICS-ideología-ciencia).

Para volver ahora al problema de la T.G., y de su composición, de la cual he hablado poco: me he esforzado justamente por respetar las indicaciones completamente fundadas de Althusser en su nota I: esta TG no es necesariamente única (simple), sobre todo ella no está en relación con las teorías particulares como algo que las subsume, como la esencia general de muchos casos particulares. Ella es lo que permite pensar la variación de sus objetos sin contenerlos del todo en intención. ¿Cuáles son los elementos teóricos que deben integrarla necesariamente? En mi opinión la lingüística no puede, estrictamente hablando, integrarla: incluso si ella no está sola, ella accedería así al estatus de T.G. de los discursos, lo que es imposible. Por el contrario, es evidente que la T.G. tiene necesidad de tomar prestados conocimientos de la lingüística, en particular para tratar de manera general problemas que sólo han sido planteados en el campo de la lingüística. Pero es destacable que estos problemas (la mayoría de aquellos en los que pienso: estructura formal del proceso de comunicación, estatuto de los enunciados “superiores a la frase”, problemas de “semántica”, etc.) que conciernen a menudo simultáneamente a la lingüística y a la teoría del discurso ideológico, o del discurso estético, o del discurso ICS; o incluso son los problemas “generales”, vinculados con la naturaleza del “signo”, etc. La dificultad viene, me parece, de que la lingüística es una teoría *particular* (o regional), pero ella no es, hablando estrictamente, una teoría regional *de la teoría de los discursos*, en todo caso no en paralelo con teorías regionales de los diferentes tipos de discursos.

Para saber si la T.G. implica elementos tomados del psicoanálisis teórico, es esencial resolver el siguiente problema: ¿el fenómeno del “desconocimiento

del código” por el locutor (enunciado/enunciación) depende únicamente del psicoanálisis?

Finalmente, Althusser sostiene que el materialismo histórico provee necesariamente los conceptos y los conocimientos a la T.G. de los discursos; pero yo no estoy seguro, a pesar de todo el pasaje sobre la función de la ideología en relación a las posiciones de “*Träger*” de las diferentes prácticas, que él utiliza siempre efectivamente. He intentado tenerlos en cuenta (al respecto, no obstante, encuentro excelente la observación sobre la función de *Träger* de la ideología y la ideología propia del ideólogo; la siguiente referencia a Marx clarifica muchos pasajes de *La ideología alemana*, de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, y de *El Capital* sobre los economistas vulgares).

Pero planteo la cuestión saber si: ¿la T.G. en cuestión no es simplemente *el materialismo dialectico*?

Finalmente, algunas preguntas sobre los pasajes del texto de Althusser:

-las alusiones a las *rectificaciones* de conceptos realizadas por Lacan, tanto en el campo del psicoanálisis como en el de la lingüística, así como a la corrección [*justesse*] de su modo de importación de la lingüística, me parecen exactas; pero me gustaría que sobre el final se haga el *inventario*. Y por otra parte que, retomando una sugerencia de Badiou en una nota de su artículo de los *Cahiers Marxistes Leninistes*,<sup>28</sup> se analice críticamente el estatuto de su “topología” que es también, de alguna manera, una “lógica” o un “álgebra” del significante. Puesto que es esto, mucho más que las leyes lingüísticas, lo que Lacan entiende por “leyes del significante” o “del orden simbólico”.

Es necesario determinar exactamente aquello que, en materia de conceptos lingüísticos, “trabaja” en Lacan.

---

<sup>28</sup> Ver Alain Badiou “L'autonomie du processus esthétique” en *Cahiers Marxistes Leninistes* n°12/13, “Art, langue : lutte des classes” (julio-octubre de 1966), disponible online: <http://adlc.hypotheses.org/archives-du-seminaire-marx/cahiers-marxistes-leninistes/cahiers-marxistes-leninistes-n1213-viii>

-En muchos pasajes (I, p. 18-20; II p. 5; etc.) Althusser habla del *inconsciente* en términos de individuo. “Un” inconsciente, “mi” inconsciente, “tu” inconsciente (como se dice comúnmente “tengo mis problemas”). En particular a propósito de la transferencia, y a propósito del “sujeto de la ciencia” encuentro que esta formulación es problemática. ¿Puede uno criticar, correctamente, la *palabra* inconsciente (lo que no es consciente, el lugar de lo que no es consciente), la noción de inconsciente *colectivo*, y conservar así y todo esta formulación?

Esta es, también, una pregunta que planteo.

-último punto, que no es una pregunta: creo que es necesario clarificar y especificar urgentemente el sentido de los términos *sistema*, *estructura* y *formación*, utilizados frecuentemente por Althusser, y que yo mismo he utilizado también. Me ocupo de retomar los problemas que habían sido abordados en *Lire le Capital*. Pero otros tienen sin dudas la misma preocupación.